

de Lizardi (1982). Oportuna, por lo demás, la precisión acerca del reformismo moderado, no antihispánico ni ultranacionalista de este escritor, una buena advertencia para estudiar una época realmente complicada sin análisis preconcebidos y simplistas.

Bien situado el valor literario de la obra de Bolívar —sin olvidar el *Diario* de Miranda— y justamente resaltada la novedad del gesto prerromántico de José Joaquín Olmedo en su *Canto de Junín*, con relación a los módulos de la épica clásica, aún cuando se deja bien claro el poco aprecio del crítico por el ecuatoriano al que considera carente de hondura y elevación de poeta, juicios acaso en exceso radicales.

Con acertado criterio recuerda Oviedo, después de referirse al candoroso y monocorde Melgar, al muy olvidado Juan Wallparrimachi, poeta popular de lengua quechua, aunque sea para acompañarlo de un interrogante sobre su acaso mitificada figura y la autenticidad de su obra. Apreciamos aquí, de nuevo, por encima de la aparente heterodoxia al insistir sobre literatura no escrita en español, la indiscutible y legítima búsqueda de lo híbrido en las letras hispanoamericanas.

Camino de su cierre, la obra que comentamos ha de ocuparse, por supuesto, de Andrés Bello, cuya americanidad absoluta destaca como común denominador de su rigor, erudición y ponderado juicio. También aquí aparece, por supuesto, una conveniente llamada de atención ante quienes se exceden al interpretar con sesgo en exceso nacionalista la propuesta de emancipación literaria de América hecha por el polígrafo caraqueño, instalado en una irrenunciable tradición clásica. Su relación con la actitud (acaso vagamente spengleriana) de Carpentier a mediados de nuestro siglo, es sugestiva pero no sostenible, a nuestro entender, más allá de ciertos límites. En todo caso hay que aclarar que al europeísta Bello —cómo no serlo después de sus infinitas lecturas durante diecinueve años en el British Museum, estudioso del *Poema del Cid*, traductor del *Orlando Innamorato*— le preocupaban sobre todo dos cosas: la amenaza de la Santa Alianza y el anhelo de conseguir la repoblación y cultivo de los campos venezolanos, abandonados tras las guerras de independencia. Oviedo objeta con razón el utopismo de Bello en la exaltación de la vida campesina (sabemos además que

no soportaba el clima tórrido), pero no cabe duda de que desde Horacio y Virgilio hasta Jovellanos y los economistas fisiócratas, sin olvidar la exaltación del hacendado en el Siglo de Oro, todo conspiraba en ese momento inaugural para propiciar, frente a la corrupción de la urbe, un agrarismo tenido como panacea en aquella hora, tesis que, como advierte Oviedo, iba a ser invertida por Sarmiento. A varias de estas cuestiones nos referimos en un trabajo que ahora nos permitimos traer a colación: «Algunos soportes sociológicos de la silva 'La agricultura en la zona tórrida' de Andrés Bello» (1983).

Una puntualización última sobre este bien estructurado capítulo: la censura al lenguaje «envarado, frío y un poco desabrido de Bello», posteriormente atenuada, por parte de Oviedo, muestra un rechazo de la poesía neoclásica que no compartimos. Añadamos, sin embargo, que la figura de Bello sale de este estudio, donde no falta la consideración de sus quehaceres filológicos, jurídicos y filosóficos, revestida de la alta dignidad que poseyó en todos los órdenes.

La apertura al romanticismo de José María Heredia, los prolegómenos de la poesía gauchesca, la poesía civil de Juan Cruz Varela y la rusioniana novela anónima *Jicoténca!*, cierran cumplidamente este volumen.

Hemos tratado de hacer de él una reseña descriptiva, que nos ha permitido señalar matizaciones y aún pequeñas discrepancias, sin mengua del franco y absoluto elogio que en su conjunto nos merece. En ciertos momentos nos hemos sorprendido casi dialogando con el autor, lo cual argüimos como prueba del interés que la lectura de esta *Historia* nos ha ofrecido. Se ha podido ver, en este contexto, nuestra insistencia en apuntar algunas entradas de la crítica española o publicada en España en torno a la literatura hispanoamericana, a cuyo prestigio tanto ha contribuido el propio Oviedo en múltiples ocasiones, incluso con la inmodestia de autocitarnos, bien sabedores de que esta obra no tiene el propósito de declarar en el texto apoyaturas eruditas. Pensamos sobre todo en los útiles repertorios bibliográficos —cuya limitación, por otra parte, cualquiera puede entender—. No carecen de referencias de este origen pero, especialmente al tratarse de una obra impresa en España, sería, cuando menos, grato que se

ampliaran en lo posible por esa vía. Pulcramente impresa, casi sin erratas, el inevitable dormitar de Homero ha dejado, no obstante, deslizarse una llamativa inexactitud referente a Luis Vives, fácilmente subsanable en una próxima edición. Es muy de desear, por otra parte, que el autor nos ofrezca pronto una segunda parte de esta obra que cubra los dos siglos de independencia de Hispanoamérica.

Luis Sainz de Medrano

Otra edición de las *Rimas* de Bécquer

La editorial Cátedra publicó en 1988 una edición de las *Rimas* de Bécquer a cargo de José Luis Cano, pero si entonces se trataba de una reedición que apareció por primera vez el año 1965 bajo el sello de Anaya, ahora ha encargado al más apasionado y prestigioso biógrafo de Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1836-1870) una edición de los versos de este indudable maestro sevillano de la lírica contemporánea¹.

La edición de estas *Rimas* es muy completa teniendo en cuenta la necesidad del autor de ceñirse a las obligadas limitaciones editoriales. Rafael Montesinos (Sevilla, 1920), uno de nuestros poetas y ensayistas más notables, galardonado con el Premio Nacional de Literatura en ambas disciplinas: de poesía en 1958 y de ensayo en 1977, consiguió el Fastenrath (1979) con un libro de lectura inexcusable para cualquier lector o investigador de la obra de Gustavo Adolfo: *Bécquer, Biografía e imagen*².

En el prólogo, una extensa introducción de cien páginas, Montesinos se muestra preciso, didáctico y divulgativo, dejando lo estrictamente filológico para aquellas ocasiones inexcusables, pero sobre todo cautiva por su generosidad con críticos y biógrafos de la obra becqueriana³ y por su serena utilización del lenguaje en busca de una expresión a la vez instructiva y amical

... Correa y Bécquer ingresan en la Dirección General de Bienes Nacionales como *escribientes fuera de plantilla*. Y fuera quedaron definitivamente cuando un Director General (cuyo nombre no ha querido guardar Dios muchos años) sorprendió a Gustavo haciendo dibujos para sus compañeros de infortunio. Esto no fue un contratiempo, porque de buena se libraron los dos chupatintas —pág. 25—;

estricta y jovial

También aparecen en dicho álbum escenas campestres, varios retratos de muchachas y un fraile escatológico (pero en la segunda acepción de la palabra) —pág. 21—;

siempre ingeniosa e irónica

Sin que podamos determinar la fecha exacta, el poeta acude a la consulta del doctor Francisco Esteban, especialista en enfermedades luéticas... Digámoslo de una vez: nuestro poeta había contraído la sífilis. En la consulta conoce a Casta Esteban Navarro... En ese primer encuentro, la muchachita dijo una frase tan cursi que me resisto a reproducirla... Nunca entendí del todo que el doctor Esteban, dada la especialidad que tenía, fomentase las relaciones de su hija con uno de sus pacientes —pág. 30-31.

¹ Gustavo Adolfo Bécquer. *Rimas*. Ed. Cátedra-Letras hispánicas. Madrid, 1995. Edición de Rafael Montesinos.

² Ed. RM. Barcelona, 1977.

³ Al respecto Montesinos advierte de la existencia de una tesis doctoral, a su juicio fundamental, escrita por quien descubrió el Libro de los gorriones, Franz Schneider, titulada Gustavo Adolfo Bécquer *Leben und Schaffen unter besonderer Betonung...* (Bern-Leipzig, 1914), sólo parcialmente traducida en el libro de Rubén Benítez: *Ensayo de bibliografía razonada de G.A.B.* (Ed. Universidad de Buenos Aires, 1961), la cual sigue inédita todavía.

Como luego desarrollaré muy sucintamente, Rafael Montesinos es riguroso en sus conclusiones, si bien en algunas conjeturas y asertos sea patente la pasión que siente por Bécquer y por su obra, lo cual le lleva a realizar ciertas afirmaciones que, por su rotundidad, más de uno podría poner en tela de juicio. Tres ejemplos: cuando sostiene (no es la primera vez) que la Rima LXXIII del sevillano es la mejor balada romántica del siglo XIX (lo que repite en dos ocasiones más: págs. 87 y 94), cuando (tampoco es la primera vez) insiste en que con *Las hojas secas* se inicia en España el poema en prosa, o cuando ratifica que la reseña de Bécquer al libro de Augusto Ferrán (la distinción entre la *poesía magnífica y sonora* y la *natural, breve, seca, que brota del alma*) viene a ser como el acta fundacional de la poesía española contemporánea. Pero ¿y las baladas de, pongamos Coleridge, Wordsworth, Leopardi, Heine, o Rilke? ¿Y esos poemas en prosa, pues creo que algunos de sus textos se pueden llamar así, escritos por Larra, por Cadalso, por José María Blanco White...? ¿Y los manifiestos y artículos escritos por los anteriores, a veces aconsejando a los jóvenes poetas, y aquellos escritos por los colaboradores de la revista *No me olvidéis*...? Sin duda las afirmaciones de Montesinos han de tenerse muy presentes pero, en mi opinión, no sé si han de considerarse de un modo tan terminante, ni si es necesario establecer un único precursor (mucho más tratándose del romanticismo histórico) sobre materias tan universales como las detalladas.

En el prólogo, dividido en seis partes, esboza el autor diversas facetas de Bécquer, intentando siempre complementar y aumentar lo que ya había publicado (sólo repitiendo lo escrito en otras ocasiones cuando es necesario para proseguir con la lógica continuidad del discurso), tanto en *Bécquer, biografía e imagen* (ob. cit.), como en *La semana pasada murió Bécquer*⁴, título que, como afirma el mismo autor, toma prestado de una palmaria carta de Narciso Campillo a José Lamarque de Novoa, la cual aporta a Montesinos la prueba de *la deslealtad de Narciso Campillo* (parte IV), y no digo más para que el lector lo compruebe por sí mismo.

En la segunda parte del prólogo habla de los poetas amigos de Bécquer, principalmente de José Selgas y Eulogio Florentino Sanz, de quien Enrique Díez Canedo asegurara que fue el Boscán de Bécquer, y quien se

sabía todas las *Rimas* de memoria. Pero también incluye una breve reseña de tres prebecquerianos, a quienes Montesinos llama *Grupo intimista español*, aceptando también la anterior denominación por considerar a Bécquer mismo un prebecqueriano (págs. 46-47). Se trata de Ángel María Dacarrete, Aristides Pongilioni⁵ y Eusebio Blasco.

El libro, además de este prólogo, cuenta con una resumida bibliografía clasificada y actualizada, que añade incluso algunas de las últimas traducciones de Bécquer a otras lenguas y en la que sólo encuentro a faltar las *Rimas*, traducidas al italiano por Rosario Trovato en 1989. Además añade un apéndice con tres rimas rechazadas por Bécquer, cuatro poesías publicadas por Ramón Rodríguez Correa fuera del contexto de las *Rimas* en la cuarta edición de las *Obras* (1885), una poesía que no figuraba en las ediciones de Fernando Fe, y otra dada a conocer por Eduardo de Lustonó en 1872 que más tarde, con variantes, editó María Teresa León el año 1951. Por fin, el libro se cierra con los versos apócrifos realizados por Augusto Ferrán y Narciso Campillo en la primera edición de las *Obras*, que Montesinos, con muy buen criterio, y aún reconociendo que a veces la mano de los amigos de Bécquer mejoraron los versos, dispone aparte pues no son enmiendas escritas por la propia mano de su autor.

La fijación de los textos de las *Rimas* se hace pues partiendo de las dos ediciones facsimiles del *Libro de los Gorriones*⁶, señalándose las variantes de una manera precisa y sobria, a veces no exenta de alguna interpretación no por intuitiva menos sugestiva, como cuando explica Rafael Montesinos que si Bécquer enmendó el original artículo *la* por *él* en el verso *En el mar de la duda en que bogo*, es porque los marineros, y no olvidemos que el sevillano estudió en una escuela naval⁷, utilizan el artículo femenino para referirse al mar.

⁴ Ed. El Museo Universal, Madrid, 1992.

⁵ De quien Rafael Montesinos editara una Primera antología poética (1853-1865) en Sevilla el año 1980, en la que indicaba la influencia de Gil Vicente en este poeta, influencia que seis años más tarde, como recuerda el autor de la edición, detectaría Samuel G. Armistead sobre Gustavo Adolfo Bécquer.

⁶ De cuyo deterioro (el de los manuscritos) informa pormenorizadamente Rafael Montesinos en las págs. 64-65.

⁷ El Colegio de San Telmo, en el que para ingresar, como anota el mismo autor, era condición indispensable ser hijo pobre de familia noble.